

PENTECOSTÉS 9

Propio 11 - Año B

Jon Achée es seminarista de primer año en el Seminario Teológico General de Nueva York y postulante al sacerdocio con residencia canónica en la Diócesis de Los Ángeles. La iglesia de misión que patrocina a Jon es la Iglesia Episcopal de San Juan Crisóstomo en Rancho Santa Margarita, Cal. Jon reside en Seattle, Washington, donde recientemente se trasladó con su esposa, Kelly, para trabajar como director de finanzas y operaciones en una escuela independiente K-8 para estudiantes superdotados. Asiste a la catedral de San Marcos de la diócesis de Olympia. Jon sigue trabajando en ministerios que se centran en alimentar y servir a los que no tienen vivienda. Jon y Kelly tienen dos hijos adultos y disfrutan haciendo senderismo por los muchos y hermosos senderos cercanos a Seattle.

Jeremías 23:1-6

23 El Señor afirma: «¡Ay de los pastores que dejan que mis ovejas se pierdan y dispersen!»

² El Señor, el Dios de Israel, dice a los pastores que gobiernan a su pueblo: «Ustedes han dispersado mis ovejas, las han hecho huir y no las han cuidado. Pues bien, yo tendré buen cuidado de castigar sus malas acciones. Yo, el Señor, lo afirmo. ³ Y yo mismo traeré el resto de mis ovejas de los países adonde las hice huir, las reuniré y las haré volver a sus pastos, para que tengan muchas crías. ⁴ Les pondré pastores que las cuiden, para que no tengan nada que temer ni falte ninguna de ellas. Yo, el Señor, lo afirmo.»

⁵ El Señor afirma:

«Vendrá un día en que haré que David tenga un descendiente legítimo, un rey que reine con sabiduría y que actúe con justicia y rectitud en el país.

⁶ Durante su reinado, Judá estará a salvo, y también Israel vivirá seguro.

Éste es el nombre con que lo llamarán: “El Señor es nuestra victoria.”»

Comentario de Jon Achée

El libro de Jeremías, que lleva el nombre del profeta Jeremías, fue escrito para el pueblo de Judá, que acababa de sobrevivir a tres invasiones de los babilonios que provocaron la destrucción de Jerusalén y del Templo y el exilio de su patria. Era un pueblo que intentaba comprender cómo había podido ocurrir esta destrucción, muerte y separación a los fieles hijos de Dios. El profeta Jeremías atribuye la responsabilidad de esta desgracia directamente a los reyes de Judá: «¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi prado! dice el Señor» (v. 1). Como se explica en el capítulo 22 de Jeremías, justo antes de la lectura asignada para hoy, los reyes de Judá, pastores de Dios

para su pueblo, sólo se han preocupado de enriquecerse y han abandonado las necesidades del pueblo. No han actuado con justicia y rectitud, no han atendido al pueblo, librando a todos de las manos del opresor, y no han evitado hacer mal o violencia al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni derramar la sangre de los inocentes (Jer 22,3). Está claro que el liderazgo importa, y la realización del Reino requiere líderes del pueblo y administradores de la tierra que ejemplifiquen la rectitud de Dios, nuestro pastor supremo: una rectitud que propicie un orden social equitativo, en el que los más vulnerables estén protegidos, prevalezcan la justicia y la inclusión, y todos puedan prosperar.

Jeremías deja al lector con la esperanza de que Dios «levantará sobre ellos pastores que los apacienten, y ya no temerán ni se espantarán, ni faltará ninguno» (v. 4). No faltará nadie, todos están incluidos en el reino de justicia, paz y amor que Dios quiere para nosotros. Nosotros debemos participar en esta tarea, exigiendo a quienes pretendan guiarnos que nunca olviden que no son más que pastores al servicio del pueblo que guían. Deben anteponer siempre el rebaño a sus propias necesidades y trabajar siempre por la justicia y la paz, donde todos estén incluidos, y el extranjero, el huérfano, la viuda, el pobre y el oprimido sean levantados y se les permita florecer junto a todo el rebaño. El liderazgo importa.

Preguntas de discusión

En un año electoral en el que la división y la «otredad» por parte de cada bando político parece ser la norma, ¿cómo nos hablan las palabras del profeta Jeremías?

¿A qué acciones nos llama Jeremías y cómo deberíamos participar en la realización del Reino?

Salmo 23

- 1 El Señor es mi pastor; *
nada me faltará.
- 2 En verdes praderas me hace descansar *
y me conduce junto a aguas tranquilas.
- 3 Me devuelve el aliento *
y me guía por sendas justas por amor de su nombre.
- 4 Aunque camine por el valle de las sombras de la muerte, no temeré ningún mal, *
porque tú me acompañas. Tu vara y tu cayado me alientan.
- 5 Me preparas una mesa frente a quienes me atormentan; *
me unges la cabeza con óleo, y mi copa rebosa.
- 6 Tu bondad y piedad me acompañarán todos los días de mi vida *
y moraré en la casa del Señor por largos días.

Comentario de Jon Achée

El Salmo 23 es probablemente el más querido y conocido de todos los salmos. A menudo se utiliza y recita para dar consuelo en funerales y otros momentos de gran dificultad. El salmista nos recuerda el amor firme y consolador de Dios por nosotros en los primeros versículos: "El Señor es mi pastor; nada me falta. En verdes praderas me hará descansar y junto a aguas tranquilas me pastoreará" (v. 1-2). Esta introducción nos introduce en una hermosa oración de reconocimiento y agradecimiento por cómo Dios permanece con nosotros cada día. El amor y la misericordia de Dios nos «persiguen» todos los días de nuestra vida; el salmista termina el salmo diciendo: «Ciertamente tu bondad y tu misericordia me seguirán todos los días de mi vida» (v. 6). Dios quiere relacionarse con nosotros. Dios quiere que florezcamos y tengamos paz en nuestras vidas. Podemos responder a este amor profundo y duradero no sólo amando a Dios, sino también transmitiendo este amor profundo y duradero a nuestra familia, amigos, comunidades, al otro y al extranjero. De este modo, nos aseguramos de que todos sepan que Dios también los persigue.

Preguntas de discusión

Los salmos son oraciones poéticas que a menudo se cantan o salmodian en las liturgias de La Iglesia Episcopal. ¿Cantar o entonar el Salmo 23 cambia tu respuesta emocional a las palabras del salmista? Si es así, ¿cómo?

¿Cómo expresamos nuestra relación con Dios en nuestras relaciones dentro de nuestras propias comunidades? ¿Y en nuestras relaciones con el Otro y con los extraños con los que interactuamos en nuestra vida cotidiana?

Efesios 2:11-22

¹¹ Así pues, ustedes, que no son judíos, y a quienes llaman «no circuncidados» los judíos (que circuncidan al hombre en el cuerpo, y a sí mismos se llaman «circuncidados»), ¹² recuerden que en otro tiempo estaban sin Cristo, separados de la nación de Israel, y no tenían parte en las alianzas ni en la promesa de Dios. Vivían en este mundo, sin Dios y sin esperanza. ¹³ Pero ahora, unidos a Cristo Jesús por la sangre que él derramó, ustedes que antes estaban lejos están cerca.

¹⁴ Cristo es nuestra paz. Él hizo de judíos y de no judíos un solo pueblo, destruyó el muro que los separaba y anuló en su propio cuerpo la enemistad que existía. ¹⁵ Puso fin a la ley que consistía en mandatos y reglamentos, y en sí mismo creó de las dos partes un solo hombre nuevo. Así hizo la paz. ¹⁶ Él puso fin, en sí mismo, a la enemistad que existía entre los dos pueblos, y con su muerte en la cruz los reconcilió con Dios, haciendo de ellos un solo cuerpo.

¹⁷ Cristo vino a traer buenas noticias de paz a todos, tanto a ustedes que estaban lejos de Dios como a los que estaban cerca. ¹⁸ Pues por medio de Cristo, los unos y los otros podemos acercarnos al Padre por un mismo Espíritu. ¹⁹ Por eso, ustedes ya no son extranjeros, ya no están fuera de su tierra, sino que ahora comparten con el pueblo santo los mismos derechos, y son miembros de la familia de Dios. ²⁰ Ustedes son como un edificio levantado sobre los fundamentos que son los apóstoles y los profetas, y Jesucristo mismo es la piedra principal. ²¹ En Cristo, todo el edificio va levantándose en todas y cada una de sus partes, hasta llegar a ser, en el Señor, un templo santo. ²² En él también ustedes se unen todos entre sí para llegar a ser un templo en el cual Dios vive por medio de su Espíritu.

Comentario de Sermones que Iluminan

Esta porción de Efesios señalada para el Propio 11 golpea el corazón de la teología del libro. Por Cristo y por la cruz, estamos unidos en el amor y la unidad. Ya no hay «nosotros» y «ellos», estamos llamados a ser un solo Cuerpo, «porque él es nuestra paz; en su carne hizo de ambos una sola cosa y derribó el muro de separación» (v. 14). Cristo ha creado «en sí mismo una nueva humanidad en lugar de las dos» (v. 15), y todos «tienen acceso en un solo Espíritu al Padre» (v. 18). El escritor también nos llama a recordar nuestro pasado y la separación del Santo de la que venimos, y cómo «hemos sido acercados por la sangre de Cristo» (v. 13). En la época en que se escribió esta carta, esta habría sido una teología desafiante, no sólo en el rechazo de las barreras que habían dado lugar a mucha hostilidad y llamando a la plena inclusión de los gentiles en el Cuerpo de Cristo, sino también señalando que es Cristo quien vino a proclamar y proporcionar, «paz a vosotros que estabais lejos y paz a los que estaban cerca» (v. 17) y no la paz impuesta por el imperio gobernante de la época. Esto habría sido un desafío directo al imperio romano y al propio César, que era el que debía ser alabado por traer y mantener la paz (aunque a través del gobierno militarista y la represión). Esta carta podría haber sido vista por el imperio como una amenaza a su autoridad. Sin embargo, la paz que trae Cristo no es la paz de la que Roma habría estado tan orgullosa de jactarse. No es la paz resultante de la tolerancia cero a la resistencia, sino la paz más profunda de saber que todos somos uno en Cristo, plenamente incluidos en el amor y la pertenencia divinos. Nadie está excluido y nadie está solo, porque todos somos amados y «acercados» por Cristo y dentro de la comunidad de Cristo.

Preguntas de discusión

¿Qué papel deberían desempeñar la Iglesia de hoy y los seguidores de Cristo ante el partidismo y las divisiones tan frecuentes en el mundo actual?

¿Qué significa para ti formar parte del Cuerpo de Cristo?

Marcos 6:30-34, 53-56

³⁰ Después de esto, los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. ³¹ Jesús les dijo:

—Vengan, vamos nosotros solos a descansar un poco en un lugar tranquilo.

Porque iba y venía tanta gente, que ellos ni siquiera tenían tiempo para comer. ³² Así que Jesús y sus apóstoles se fueron en una barca a un lugar apartado. ³³ Pero muchos los vieron ir, y los reconocieron; entonces de todos los pueblos corrieron allá, y llegaron antes que ellos. ³⁴ Al bajar Jesús de la barca, vio la multitud, y sintió compasión de ellos, porque estaban como ovejas que no tienen pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas.

⁵³ Cruzaron el lago y llegaron a la tierra de Genesaret, donde amarraron la barca a la orilla. ⁵⁴ Tan pronto como bajaron de la barca, la gente reconoció a Jesús. ⁵⁵ Corrieron por toda aquella región, y comenzaron a llevar en camillas a los enfermos a donde oían decir que estaba Jesús. ⁵⁶ Y dondequiera que él entraba, ya fuera en las aldeas, en los pueblos o en los campos, ponían a los enfermos en las calles y le rogaban que los dejara tocar siquiera el borde de su capa; y todos los que la tocaban, quedaban sanos.

Comentario de Jon Achée

Sería comprensible preguntarse por qué el leccionario del Evangelio de hoy se salta dos de los «grandes» milagros del Evangelio de Marcos al saltar de los versículos 30-34 a los versículos 53-56. Se trata de la alimentación de los cinco primeros cristianos. A saber, la alimentación de los cinco mil (Marcos 6:35-44), y Jesús caminando sobre las aguas (Marcos 6:45-52). Parece que, al saltarnos estos versículos, se nos está recordando el hecho de que, aunque el «gran» trabajo es importante de hacer, Jesús reconoce la necesidad de descansar y de soledad en nuestras ajetreadas vidas. Él quiere esto para nosotros. En nuestro quebrantamiento humano, necesitamos hacer una pausa, tomarnos el tiempo del sábado para recargarnos, comer, orar, escuchar la voz tranquila de Dios y del Espíritu, para que no vayamos por mal camino distraídos por nuestro ajetreo y cansancio. El trabajo de la compasión requiere una concentración y una energía que se alimentan con momentos de descanso, reflexión y oración. Sin

Published by the Office of Communication of The Episcopal Church, 815 Second Avenue, New York, N.Y. 10017 © 2024 The Domestic and Foreign Missionary Society of the Protestant Episcopal Church in the United States of America. All rights reserved. Scripture quotations, with the exception of the Psalms and/or canticles, are from *Dios habla hoy*®, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Used by permission. All rights reserved worldwide. Psalms and canticles are drawn from the Book of Common Prayer.

embargo, en el versículo 34 vemos que Jesús no siempre practica lo que predica cuando se enfrenta a las necesidades de la gente. Esto demuestra una compasión por los demás que sobrepasa todo entendimiento y nos recuerda cómo la naturaleza divina de Cristo permanece siempre con nosotros.

También podría considerarse que, al saltarse los dos «grandes» milagros, el leccionario nos señala la profunda verdad en los versículos 53-56 de que el ministerio de Cristo a menudo se centraba y ocurría en los momentos «pequeños»: simplemente curando a la gente, uno por uno, estando presente ante cada persona que sufría y llevando la curación a todos. Marcos escribe en el versículo 56 que Jesús sanaba «dondequiera que iba, a aldeas, ciudades o granjas». Los «grandes» milagros son importantes, pero no olvidemos los «pequeños» milagros diarios que Cristo llevó a cabo en su ministerio cotidiano - «pequeños» milagros que nosotros también podemos realizar atendiendo las necesidades diarias de nuestro mundo y estando presentes en lo que el Dr. Martin Luther King llamó la «feroz urgencia del ahora.»

Preguntas de discusión

¿De qué «pequeños» milagros has sido testigo recientemente? ¿Has participado en alguno de ellos?

¿Cómo te hace sentir la idea de tomarte tiempo para descansar, reflexionar y rezar? ¿Por qué?